

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRANDES eran los discursos que Don Quijote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde Don Antonio Moreno, su huésped y sus dos amigos, con Don Quijote y Sancho fueron á las galeras. El Cuatralvo que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los piés en él Don Quijote, disparó la Capitana el cañon de cruzía, y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir Don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza, cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el General, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero Valenciano: abrazó á Don Quijote, diciéndole:—Este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor Don Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra, que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentá-

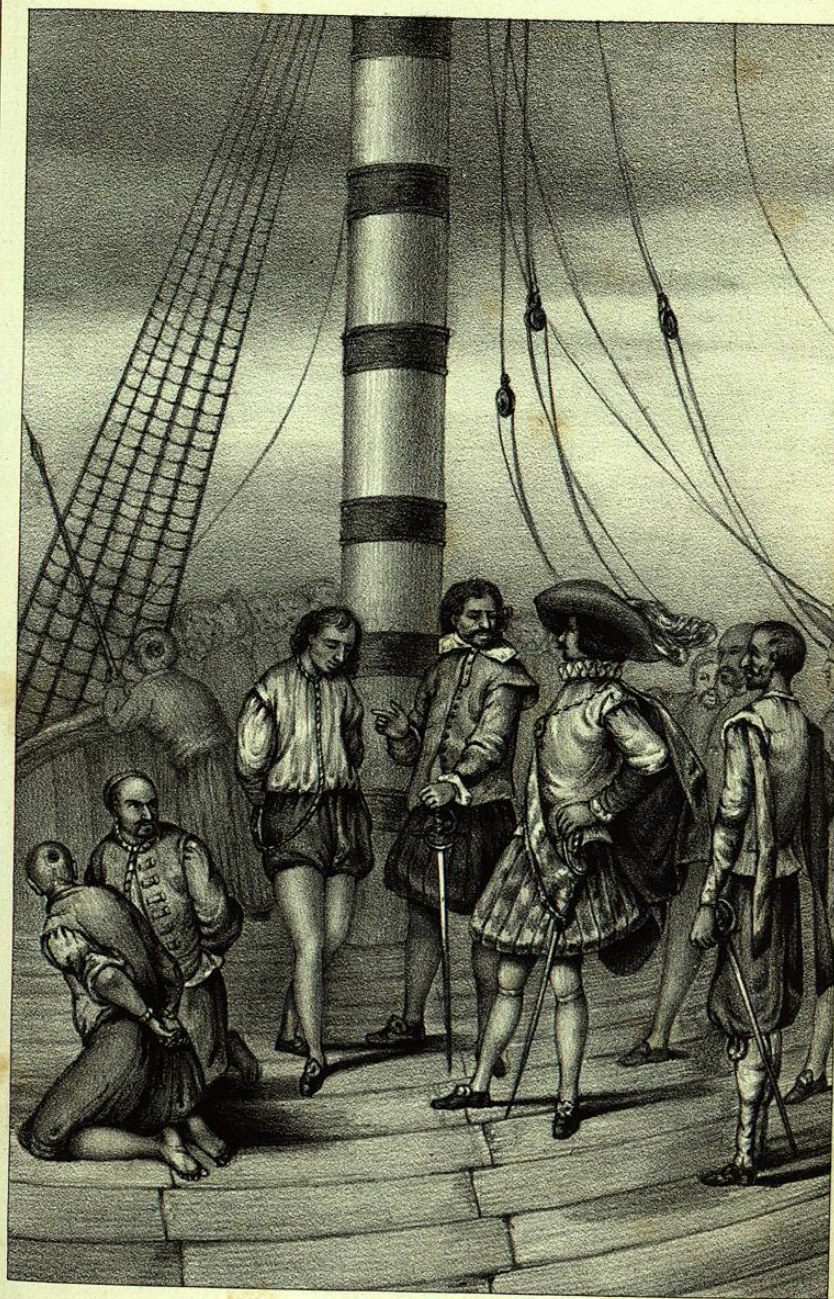


ronse por los bandines: pasóse el Cómitre en crujía, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fueraropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y mas cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él, hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedíole habia. Don Quijote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General, si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras, porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios, que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos: y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo Don Quijote, que tambien se estremeció, y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando, como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el Cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corvacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí:—Estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan? ¡y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. Don Quijote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:—¡Ah,

Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podíades vos, si quisiédes, desnudar de medio cuerpo arriba, y ponerlos entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra: y mas, que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Preguntar queria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero:—Señal hace Monjuich de que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el General en la crujía, y dijo:—Ea, hijos, no se nos vaya: algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana, á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque así el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad, el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza, con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los mas ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y así el Arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitán que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca, que podian los del bajel oír las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos Toraquis, que es como decir, dos Turcos borrachos, que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arribadas venian. Viendo lo cual, juró el General de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta. Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos: hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como les dañó su atrevimiento, porque alcanzándoles la capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y to-

das cuatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traian. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad¹. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena, para ahorcar luego al Arraez y á los demas turcos que en el bajel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escopeteros turcos. Preguntó el General, quién era el Arraez del bergantin, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues pareció ser renegado español):—Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro Arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General:—Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veias ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oír la respuesta, por acudir á recibir al Virey que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.—Buena ha estado la caza, señor General, dijo el Virey.—Y tan buena, respondió el General, cual la verá Vuestra Escelencia agora colgada de esta entena.—¿Cómo así? replicó el Virey.—Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley y contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo que es el Arraez del bergantin, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntó:—Dime, Arraez, ¿eres turco de nacion, ó Moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimesmo castellana:—Ni soy turco de nacion, ni Moro, ni renegado.—¿Pues qué eres? replicó el Virey.—Muger cristiana, respondió el mancebo.—¿Muger cristiana, y en tal trage, y en tales pasos? mas es cosa para admirarla que para creerla.—Suspended, dijo el mozo, ó señores, la ejecucion de mi muerte, que no se per-

¹ Era lo Don Francisco Hurtado de Mendoza, marques de Almazan, soldado de gran valor, á quien alaba de elocuente y de poeta Cristóbal de Mesa.



derá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazón tan duro, que con estas razones no se ablandara, ó á lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería?—El General le dijo, que dijese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera:—De aquella nación mas desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nació yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tíos míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención, para quedarme en la tierra donde había nacido, y así por fuerza mas que por grado me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano, ni mas ni menos. Mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en ellas jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto, que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado Don Gaspar Gregorio¹ hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así solo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos míos que consigo me traían, porque mi padre prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos estraños, que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que

¹ Al fin del capítulo LIV se llama Don Pedro este mancebo.

él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento, fué en Argel, como si le hiciéramos en el mesmo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir, como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendí, que lo decian por Don Garpar Gregorio, cuya belleza se deja atras las mayores que encarecerse pueden. Turbéme, considerando el peligro que Don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos, en mas se tiene y estima un mochacho ó mancebo hermoso, que una muger, por bellissima que sea. Mandó luego el Rey, que se le trujesen allí delante para verle, y preguntóme, si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Dijome que fuese en buena hora, y que otro dia hablaríamos en el modo que se podia tener, para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre. Vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truje á la presencia del Rey, el cual en viéndole, quedó admirado y hizo designio de guardarla, para hacer presente della al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mesmo, la mandó poner en casa de unas principales moras que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el Rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino tambien conmigo este renegado español, señalando al que habia hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en

España, que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de mas, que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos, de que á mí y á este renegado, en la primer parte de España, en hábito de cristianos, de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que á los dos nos sucediese, podriamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, Don Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres, con manifesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido: y luego calló, preñados los ojos de tier-nas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera cuando entró el Virey, y apenas dió fin á su plática la Morisca, cuando él se arrojó á sus piés, y abrazado dellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, le dijo:—O Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin tí, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenia pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mesmo Ricote que topó el dia que salió de su Gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas: el cual dijo al General y al Virey:—Esta señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos estraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino, en compañía de otros ale-

manes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y agora, por el extraño rodeo que habeis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho:—Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dijo:—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento:—Vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos Turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el general lo que el virey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre heleda. Procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas y en joyas tenia. Diéronse muchos medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado Español, que se ha dicho, el cual se ofreció de volver á Argel en algun barco pequeño, de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabia dónde, cómo y cuando podia y debia desembarcar; y asimesmo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habian de bogar el remo. Fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo, que salia á dar el rescate de los cristianos, si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la Morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa hubiese para su regalo. Tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.



CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era estremada la Morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dijo Don Quijote á Don Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que seria mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la Morisma, como habia hecho Don Gaiséros á su esposa Melisendra.—Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor Don Gaiséros sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos á Don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio.—Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quijote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida.—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.—Don Antonio dijo que, si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el espediente de que el gran Don Quijote pasase en Berbería. De allí á dos dias partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de Don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el Visorey de hacerlo así, como se lo pedia,